

En el recuerdo de GARCILASO, el más grande poeta toledano y del Renacimiento español, escribiendo en su patria chica y no lejos del recinto donde presumiblemente vio por vez primera la luz de este mundo; recordando al aguerrido capitán de los ejércitos imperiales, que a los 35 años perdía la vida luchando por su Patria, recién nacida —o renacida— como una gran Nación; hoy, finalizando el siglo XX, cuando esa unidad intentan algunos agrietarla, consagro este sencillo poema, a modo de flashes de nuestra Historia, desde la prehistoria hasta hoy, con un protagonista común, el Viento, los

VIEJOS AIRES DE ESPAÑA

I

SOL Y VIENTO

Sol y verdes vientos, Hispania era
como una virgen en sus bosques vírgenes,
cual diosa de la selva...

La umbría de sus bosques milenarios,
las ásperas quebradas de sus sierras
dejaron en su alma
un eco de bravura y de grandeza.

Prestó el cielo a sus ojos
destellos de azulada transparencia;
la fuente el agua amarga,
rocío de sus ojos en las penas.

El sol la hizo fecunda;
la cumbre nieve eterna
cedió a su frente noble;

y el fuego de la estrella,
titilando como lámpara en la noche,
vertió en su entraña místicas esencias

El viento la entrenaba
a cantar los cantares de la gesta
en medio de robledos y encinares
a la luz de la luna y de la hoguera.

Y era, en su soledad, como las altas crestas,
esta virgen terrible al par que bella.

II

VIENTOS DE PURPURA Y DE ORO

La oigo... Hela aquí, llanura castellana,
la brisa que te arrulla mimosa, virginal,
enjambre rumoroso, dorada caravana
de salmos, que perfuman tu traza franciscana,
tu áspero sayal.

¡Oh! Deja que los vientos de frías invernadas
aulladores quiebren sus alas de cristal
en pétreas fortalezas de almenas coronadas,
en altas cresterías o en torres repujadas
de vieja catedral...

Y oye tú la historia, los hechos sacrosantos,
que el aura saltarina te viene a susurrar...
Tan vieja eres, España, tus años son ya tantos
que abruman tu recuerdo tus triunfos y quebrantos
y empiezas ya a olvidar.

Tú fuiste cristianada aquí, sobre el roquedo,
que el Tajo va tallando con líquido cincel...
En este baptisterio grandioso de Toledo
Masona, san Leandro y el godo Recaredo,
Nobleza y pueblo fiel

vertieron agua santa en tu blonda cabellera
y ungieron con el crisma tu frente de vestal...
Lloraban los prelados. Y, mientras, allá fuera
cantaba su «te deum» la brisa mañanera
jugando en un trigal.

La brisa que más tarde piadosa, recatada,
aupóse sollozando y la alta cruz besó,
la cruz de las veletas de Córdoba y Granada,
que pronto, victoriosa, infiel mano atezada,
sacrílega, arrancó;

el aura que siguiera alada a tus guerreros
por los caminos altos de Asturias y León,
por tierras de Castilla, templando sus aceros,
sus yelmos y sus clipeos, sus ademanes fieros,
su recio corazón ;

la brisa que en el Turia crecía y encrespaba
las crines de Babieca galopando a la lid,
que bajo la celada el rostro acariciaba
y aquellas luengas barbas, graciosa, ensortijaba
del fiero Myo Cid;

la misma que otro día, de la Alhambra almenada
el rezo monorrítmico del último muecín

llevó en su vuelo verde a la vega de Granada,
de Boabdil a la triste, vencida mesnada,
al último fortín.

Y mientras a la Torre de la Vela subía,
España, vencedor y glorioso tu pendón,
que esta brisa tuya ondeaba y mecía,
allá en Moguer también las tres velas henchía
de Cristóbal Colón.

Y, ya con el Imperio, el más grande de la Historia,
cuando en tus fronteras no se ponía el sol,
ardieron en tu cielo, cual luceros de gloria
los nombres de Carlos, Garcilaso y Vitoria
y el suave arbol

del estro de Lope del habla de Teresa,
la lira de fray Luis y de Juan de la Cruz,
el genio de Cervantes...; y la heroica empresa
de América y Flandes, de la escuadra turquesa,
y de El Greco la luz.

Pero un día de tu gloria ese ocaso tan triste
-¡triste y traicionado y torpe atardecer!-
en Cuba y Filipinas, España, conociste,
y sucia con la sangre fratricida te viste
de tus hijos ayer,

Ahora que caminas tu nuevo camino
defiende tu progreso, tu paz y tu unidad...
¡No quieras someterte a vileza o ruindad!
¡Afronta esperanzada tu alto destino!.

Y como en la pradera el arroyo cristalino,
avanza y siembra flores de amor y libertad.

* * * * *

Vientos juglares de púrpura y de oro,
de sangre y de gloria, que cantan a coro
ese tu llanto o tu triunfo o tu hazafia...
¡Son tus aires, España!

JAIME COLOMINA TORNER.

BLANCA FLOR ME DA FUERZAS EN LA BATALLA

El sol se esconde, lento, en la llanura,
pintando en rojo el yelmo y el escudo.
La encrucijada en el camino es nudo
que aprieta la floresta siempre pura.

Recorta el horizonte una figura
calcinada de luz, jinete mudo,
reclamo del combate donde acudo
resuelto a resolverme en la aventura.

Vuelan las lanzas hechas mil pedazos,
chirrían las espadas en su encuentro,
el prado sangra, envuelto en negra bruma.

Y entonces sueña el cuerpo tus abrazos,
derrocha besos la pasión tan dentro
que oculta y mezcla guerra con espuma.

PRIMER SUEÑO DE PERCEVAL AL ABANDONAR BELREPEIRE

Si Blancaflor es nieve, lirio, espuma,
delicado cristal, encantamiento
que vuela en su secreto con el viento,
fugaz, deshilachada entre la bruma;

-
si su boca es manzana que perfuma
el oloroso bosque con su aliento;

si por beber sus labios voy sediento
libando el rojo néctar que rezuma;

yo quiero ser cendal suave y rosado
cubriendo su blancura en la mañana,
y resbalar flotando, lujurioso;

ser el licor gozoso y afrutado
derramado en la dulce flor temprana,
y perderme en sus dientes, presuroso.

BLANCA FLOR NO APARECE EN LAS ALMENAS

Discreta en las almenas la presencia,
figura inmaterial, ausente espejo,
paradoja fatal sin su reflejo,
se escurre entre los muros de la ausencia.

Vacío Belrepeire en apariencia
absorbe tu color cuando me alejo
—la luna blanca, el castillo bermejo—:
rosa claro tu amor en mi conciencia.

¡Quién fuera lapislázuli en el cielo,
para fundirse en luna en tu mirada
y rescatar azules sobre azules!

Mi voluntad se escapa tras el velo
que la noche te ha impuesto, abandonada,
entre el susurro arisco de cien tules.

UMBRAL DEL MAÑANA

Serena madrugada sencilla, oscuro mundo,
sólo naturaleza, sólo tierra desnuda,
sólo descanso breve del camino,
sin inútil palabra en compañía.
Sólo, es humana la débil luz de la tierra,
la luz de las esquinas, fría como la nieve.
Un viento sopla su espíritu de beso apasionado
y adapta sus labios azules a una atmósfera amiga.

-¿Vamos a hacer la guerra?- susurran las voces

[oscuras,

los gritos humanos, rutinarios voces manchadas.
Es la voz de una sangre soterrada,
tensa, limitada en su angustia,
angustiosa piel de cuerpos como espinas.
Esa voz me cierra el paso hacia el límite inmenso
imperceptible Fuego de Dios,
calor infinito de eternos corazones, creación de sí mismo,
fecundo en su incógnito semen.
Sí: el hombre está expulso
de un jardín delicioso, que se llama
manzana, feliz árbol, desnuda Eva,
madre, de todo lo que vive y palpita.

¡Cuidado con el hombre! -advierten sus voces los

[bosques heridos

por pisadas humanas, por hachas como rayos,
mil pisadas atroces, sucia huella
de mil detritus inincorporables a sus vidas.

Hombre olvidado, sol amigo de luces y fuegos,
pon nombre nuevo a las cosas envejecidas de pronto
-ajadas, aburridas y serias-
en este mundo hostil donde crecemos.

MADRE

Madre, desnudo estoy, que nazco ahora,
tiznado con tu sangre y tu agonía.
Desconozco esta tierra. Pura hombría
es para mí nacer en media hora.

Llega el momento justo, sin demora,
para venir al mundo. Por tu vía
caminé nueve meses. Me movía
en un jardín de ensueños sin aurora.

Era senda tu vientre. Era la esquina
tu seno blando, donde yo jugaba
a un escondite ingenuo y sin sentido.

Era tu risa y voz lluvia divina
mezclada con tu sangre, que llegaba
donándome la vida en su latido.

MAITE

Mediterráneo en sol brillante al día.
Playas de arena fina y modelada.
Un aire familiar, brisa salada,
mece del pino joven la armonía.

Cielo de luz acariciante en vía
ascensional hacia la cumbre alada
del gigante Montgó; y allí, clavada,
un girón de la nube se mecía.

Sólo hay belleza juvenil y, pura
en mi retina vieja y ya vencida
por la lumbre divina y su locura.

Un dardo alicantí abrió la herida.
El latido cordial vuela a la altura
y es un ángel de Dios el que me embriada.

A LA TORRE Y HUERTA DE MAZARAMBROZ

Torre amiga y humilde concha humana,
caparazón del hombre amenazado.
Viejo arcaduz de piedra, acariciado
por siglos de agua, desde su fontana.

Junto a lo antiguo –muro sin ventana–,
todo lo nuevo apenas estrenado,
sobre un paisaje amigo, recortado
por el azul del cielo y la solana.

Tu entrega ciega y tu lenguaje austero,
hierba salvaje y jóvenes rosales,
es símbolo de aquello que más quiero.

Dulce granate dan viejos morales.
Almendros. Lirios blancos. Y, al albero,
el agua fresca de tus manantiales.

JOSÉ CARLOS GÓMEZ-MENOR.

MUERTO DE RISA

Me moriré, os lo juro, sonriendo;
y dejando a la Muerte avergonzada,
me llevaré la Vida enmascarada,
para seguir riéndola y viviendo.

Me seguiré, os lo juro, divirtiendo
-polvo seré, polvo de carcajada-,
y llenaré los odres de la nada
silbando viejos tangos y riendo.

Que no hay muro más fuerte que la risa,
ni hierro más agudo ni morboso
que el reír frente y contra el poderoso.

Y pues la Muerte es dueña pura y lisa
de todos y de todo, a su conjuro
acudiré riéndome, os lo juro.

ADIÓS

Bon Voyage, atardecer;
penúltima luz del día,
que de tanto hacerte mía
fui la tarde que moría
muriendo de amanecer.

Adiós luz, color, reflejo
del vino tinto y la rosa;
adiós fulva mariposa
que diste al paisaje honrosa
magistratura de espejo.

Adiós, rubor de hechicera,
viuda toquilla del fuego;
adiós galán veraniego,
hambre del lindo dondiego
y edredón de violetera.

Buen viaje, atardecer;
última pasión sentida,
que por ser la más querida
me quiso luz repetida
naciendo al anochecer.

QUEVEDESCA

Si cabe en el amor la muerte y cabe
en la muerte la nada y el olvido
¿qué vale, amor, tu almendro florecido
frente al adiós más último y más grave?

Si cabe en el amor silencio y sabe
que ha de callar su cántico encendido
¿qué vale frente al hielo enmudecido
la musical hoguera de tu ave?

Pero si cabe en el amor la muerte
y se sabe al silencio condenado,
¿es eso amor? ¿No es el Amor más fuerte

que el tiempo y que la nada y que la vida?
Canta, inmortal amor, que yo he soñado
la rama de tu almedro florecida.

PASAMANERÍAS

Pasito a paso te cuento
cómo se tricota el viento,
cómo se ata el poderío
de los músculos del río,
cómo se afeita y desmiga
el corazón de una hormiga.

Pues todo en el mundo es pura
inflación de la escritura:
San Juan de la Cruz hiberna
mientras curan su linterna,
y Garcilaso escondido
busca octavas al olvido.

Yo, sentadito,
medito,
con profundidad de estoque,
por qué del albaricoque
al hueso le llaman güito.

SABIDURÍA

Sabio es aquel que no pregunta nada;
que recibe la luz y lo agradece;
que contempla la hierba y reverdece
su corazón de tierra enamorada.

Aquel que vive sin reloj ni espada;
el que goza del hoy cuando amanece;
el que al llegar la noche se anochece
sin miedo a la conciencia de la almohada.

Aquel que habla su lengua sin banderas;
que no hace dios de patrias o linajes;
que no hace religión con las fronteras.

Aquel que muere en paz y agradecido,
en paz con su memorias y paisajes,
humanamente en paz con el olvido.

JESÚS PINO.

*Debajo del silencio***GARCILASO**

En el fragor de un siglo de batallas,
siglo de Fe, de glorias y de llantos
como una flecha más, surge su pluma
clavándose en el suelo toledano.
Nace su voz a ritmo de arcabuces
de titánicas luchas y de asaltos;
y en el extraño ambiente que le excita,
con su bronco clamor, vibra su canto
dulce y sentimental, como un quejido,
rumoroso y gentil como un halago.

Se hace música ardiente de armonía,
cuanto en luces de amor llega a su mente
y brotan encendidos por su llama,
Salicio y Nemoroso juntamente.
Como Cervantes en su triste vida
halló tiempo y lugar. ¿De dónde viene
¡oh Señor! este impulso poderoso,
que el dolor en amor y luz convierte?

Pero el Cielo marcando su camino
quiso en la Tierra hacer breve su paso;
que era de ángel su lira y fue precisa
en el coro armonioso del Parnaso.

HE LLEGADO YA TARDE

He llegado ya tarde.
Muy tarde a tantas cosas importantes,
muy tarde a tantas cosas...
Tarde al amor, tarde a la esperanza
a la reflexión, tarde a la duda
tarde al anochecer, tarde a la aurora.
Tarde a la juventud y a la locura;
tarde a la paz y al supremo placer.
Tarde al verso, a la música y la prosa.
Y tarde a los demás, en esta prisa
por llegar a tiempo,
por agotar las horas.
Y he llegado también al pueblo tarde,
en mi vida política;
y he dejado girones de mí mismo
en la aventura hermosa.

Y es que mi juventud fue sólo viento
y toda mi niñez como una sombra
y el resto del pasado
trabajo y esperanzas rotas.

Y hoy que soy, tan permeable
a la felicidad, al placer y a la sonrisa,
hoy que tengo el aroma
de la vida en mis manos
Ya no me queda historia;
o no me quedan ganas de vivirla,
aunque tenga repleta de recuerdos
mi gastada memoria.

SI ALGÚN DÍA ME DICEN

Si algún día me dicen que se acaba el camino,
que este andar presuroso se detiene de pronto
¿qué pensaré de mí,
y cuál será mi soledad postrera

¿Afrontaré sereno mi cita con la nada?
Buscaré entre la bruma
la luz que nunca veo?
¿Recurriré al consuelo de promesas divinas,
buscaré en los confines del universo algo
con que apagar mi sed de eternidades rotas?

Si algún día me dicen que se acaba esta senda
¿mantendré la estatura de mi valor de antaño?
¿lucharé contra el viento que me arrastra,
o moriré en silencio resignado y confuso
como un can laminado en el asfalto negro?

Si algún día me dicen
que mañana termino mi infinito comienzo
y dejo tantas cosas brevemente iniciadas
¿quién atará los cabos
de tantas ilusiones presentidas,
quién vivirá mi tiempo tan escaso?

Espero que me quede la dignidad de amarme
y de amar lo que dejo,
y el placer de poder contemplar estas raíces
clavadas en el suelo de mi alma
que cada vez rebrotan con más fuerza
haciendo mi camino casi eterno.

LO HE INTENTADO MIL VECES

Lo he intentado mil veces,
Señor tú lo dijiste,
amar a quien un día te hizo daño,
esa agresión inesperada y torpe
de espíritus oscuros
que gozan con herir,
que apuntan en el debe los favores,
que no saben amar
ni aceptar otras vidas diferentes.

Lo he intentado mil veces
abriendo generosamente las compuertas
de mi mejor sonrisa,
tratando de ignorar
la vieja quemazón de mis heridas.
Ofreciendo el olvido y el afecto
como bálsamo amable
para ignorar su realidad amarga.

En vano todo intento,
su alma estaba enferma,
y se olvidó de amar...

y es inútil querer resucitarla
ofreciendo tu amor en holocausto.

Lo he intentado mil veces
y sólo he conseguido sufrir inútilmente.

Pero así seguiré sin duda alguna,
pues no encuentro camino para el odio
y apenas cicatrizan mis heridas
con la paz del silencio...

Y me siento tremendamente incómodo
si dejo que el rencor viva conmigo.

GONZALO PAYO SUBIZA.

(Del libro Sexto Sentido)

COMARCA CERCANA

Incluso así, sin árboles,
sin herbazales tibios
donde un perdón divino demuestre su largueza,
fertilizando surcos,
humedeciendo el lomo
de los rebaños...

Incluso así me gusto,
curtida en el otoño de rastrojo quemado
que ahoga los gemidos
de los topillos.

Cuando la niebla cubre
mi piel y aventurarse
entre dos luces
es impresión de exilio, de pueblos que se asientan
en las uñas del alba
saqueados por sombras,
cuando el día recorre
mi planicie
rodando como espino
del erial,
y no existe un refugio,
un gesto de respuesta de cariño al descanso,
qué largos son mis ojos,
qué carne agradecida mi carne de aguaceros
de noviembre, mi carne

acostumbrada
al silbido frugal
de las perdices,
a la ruda palmada que levanta las tórtolas,
al río que desborda
su caja si, con marzo,
vienen las torrenteras
desde el Norte.

Me gusto en la mirada que no encuentra un obstáculo
para ser longitud
sobre el barbecho, lindes
prediciendo el cantueso,
confines de la escarcha y, a la vez, meditando
el amarillo. El cielo
se prolonga en los mimos
de almendro
y al horizonte oliva
del aceite.

Me gusto
de tal modo, tumbada,
lecho del alacrán
resucitando presas, lecho solar, paciente,
verdadero.
Amplitud de mi ser
que en nada sobra,
que nunca desperdicia, que no duerme gandul
porque me ofrezco a un viento
sin halagos,
porque lo que regalo
es un arduo presente de mí misma.

PRIMER PÁJARO DE LA MAÑANA

Hay un falso letargo que estremece
las oseras del sueño.

Muevo
los helados menhires de la noche.

Hay un falso letargo en la cortina
de hojas,
de rumores de luz sobre mamíferos
que se han acostumbrado
a vivir del escombros.

Amo
la tristeza apacible
de esos hombres
con los ojos azules que desean
el mar.

Amo
su primera mirada
para desperezarla,
para agitar la rama en su balcón,
y estoy tan viva
que podría mudarlos
en condes jovencisimos
y podría enseñarles
una canción que cautivara a sus poblados.

Cubro
de día el ir aprisa, los braseros
que despiden las camas.

y estoy tan viva
que se convertirían en palmeras
los campanarios hoscos
y las torres
de alta tensión que asedian
las murallas.

Hay un falso letargo
que me gusta romper.

Abro
a la mañana un río irrepitible
y amo
la neblina de un frío conquistado
para quedarme azul
en la mirada triste
de esos hombres perfectos.

HABITANTES

Para la soledad
de la tarde
demasiado agraviada
de recuerdos,
hay ventanas abiertas, edificios pasivos
que reflejan sonidos,
golpes de puertas, gatos
irascibles
arañando en el polvo desde las escaleras
de madera.
Hay ventanas abiertas después de algún incendio,

después de una mudanza
que abandona
tendederos de ropa, triturados cristales
y, en tal desatención,
el viento penetrando,
aplastando las últimas presencias.

Pero no todo pierde
su abrigo aliento y quiebra
de abdicación sus muros.
No todo se resigna
a estar vacío, a desmoronarse en la
desolación del abatimiento.

Para la soledad
de la tarde
no del todo arrasada
o fantasmal o calles
de Pompeya,
hay ventanas,
ventanas con palomas
que anidan en los huecos
de las habitaciones orientadas a ruinas;
hay palomas mintiendo
por un ir y venir, por un entrar, salir
y estarse quietas
atusando sus plumas
en los alféizares.

Tú las oyes hablar:
son las sacerdotisas que alimentan el fuego
del barrio, que repiten

los secretos vulgares
de la aflicción.
Vecinas que reparten
cotidianas costumbres
desde el abrir, cerrarse de las puertas al aire
que molesta a los gatos,
que esconde una alegría
de polvo pequeñísima.

Palomas
de la ciudad no muerta del todo; no vencida
en la comodidad
de la ceniza.

Para la soledad
de la tarde que engaña,
que aparenta
una ciudad museo, una grata reliquia
de la muerte, palomas
que no saben callarse, que se cuentan tu amor
como esa cosa viva
de la muerte,
como esa vieja cosa salvando a las ciudades
de la muerte.

MARÍA ANTONIA RICAS.

*(Versos de un libro inédito sobre
«El Entierro del Conde de Orgaz»)*

AUTORRETRATO DEL GRECO

En el camino negro del cortejo
hay un surco de blancas esperanzas;
detrás, todo es penumbra
y nada.

A un lado del camino
dos centinelas velan el olvido,
dos ojos como dardos
buscando su diana,
dos saetas al aire:
una mirada.

Mi mente han traspasado y me seducen,
la zozobra me invade,
y un delirio de colores y luces
llena ya mis sentidos.

Ya no tiene razón salir huyendo,
comienzan las visiones:
azules, amarillos, carmesíes,
cual molino de viento girando,
un mundo de ilusiones ante mí
van creando:

una gloria que baja
a asistir a un entierro
o una tierra que sube
a acompañar a un muerto.
Suéltame de tu vista,
déjame, pues no entiendo

que moviendo colores
me hagas creer que fundes
la tierra con el Cielo.
No me alucines más,
pintor de Creta,
devuélveme el aliento;
detén ya tu paleta
y dime que tu cuadro
es sólo un lienzo.

LIRIO

Es un lirio metido entre dos hierros
que va perdiendo la color
y que va a ser sepultado.
Y se esparce su color;
y se extiende su color;
y hasta el hierro se ha teñido
de aquella color de lirio
entre el azul y el morado.
A su alrededor se extiende
todo el aire
iluminado
por su fe,
por sus virtudes;
por la santidad
secreta
de aquél varón
que era asceta
en su interior;
y en su exterior

gran señor
de una villa,
pero pasó de rodillas
más tiempo
que en el arzón.

CUERPO

(A la que aquí se queda tras la muerte)

Atiende la llamada de la tierra,
polvo
que vuelves a encontrar tu origen.
Acomódate al hueco que dejaras
y queda sin recuerdos;
sin olvidos.
Ya nada a ti te causará
sonrisas.
Ni llantos.
Nada, ni nadie;
temporalmente solo
sin poder exhalar
otro suspiro.
Regresa a ser un grano más
de esta miseria.
Incorpórate al barro
y vuelve a ser
mantillo
de otras hierbas.

ALMA
¿Esperanza?

Ya todo se acabó o ya todo comienza.
¿Y cuándo? ¿Cuándo empieza?
En un corto trayecto estoy perdido;
quiero que alguien me busque
y que me encuentre...
Que no vague yo solo por este laberinto
de ausencia de ruidos
y de luz
y de gente.
Quiero buscar apoyo
pero mi ansiosa mano
se queda sin respuesta.
Mas, ¿qué mano?
Me bulle la cabeza,
¿qué cabeza?
Y sin verme me miro en este remolino
de la nada.
Hay una luz al fondo.
Ya diviso
la enorme caracola de un abismo
de vértigo.
Este angustioso tránsito
parece concluido.
La luz me ciega ya.
¡Qué grande el infinito!
Esta gran luz me quema
y me funde con ella.
Dejo mi oscuridad,
ya soy luz y sonido;

música soy también y paz
y olvido y recuerdo...
¿Y esperanza? Ya no soy esperanza:
ya soy yo.

SONETO SEXTO

Voy a decirle al viento que se calle.
Y a ese humo de incienso, que se tiñe
de escarcha y arco iris, y que ciñe
las nubes de colores por el talle,

le dirá que enmudezca aunque no pueda.
Cesen sus ondulantes movimientos.
Que en silencio se quede unos momentos
y el céfiro burlón pare su rueda.

Que pueda yo ver claro lo que pasa
entre vientos y nubes de colores.
Que disipe esta duda que me abrasa.

De mis sentidos vuelva yo a ser dueño.
Que pueda yo apreciar entre fulgores
dónde acaba el pincel y empieza el sueño.

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ.